

## ·EVOCAIONES (1)

---

### « LA MELANCOLÍA », DE ALBERTO DURERO

« Alberto Durero se sostuvo por una intuición profunda de la realidad, por una amable y benévola simpatía hacia todas las *situaciones actuales* ; perdióse por una imaginación nebulosa, sin forma y sin fondo. » Esta frase de Goethe, estampada en una página de sus *Pensamientos*, precisa el juicio que a él le mereció el gran artista del Renacimiento alemán.

No es inoportuno recordar al genio de Weimar si discurrimos sobre el genio de Nuremberg, pues el uno, si bien se mira, es continuador de la obra del otro : el postrer aro de la cadena renaciente de Isabel Tucher, aún ceñirá el cuello principesco de Ifigenia o el plebeyo de Margarita.

Sin duda alguna, el árbol que floreció divinamente en la obra de Durero, llenóse de frutos — dos siglos más tarde — en la obra de Goethe y acaso de Alejandro Humboldt : los dos últimos humanistas, los dos últimos genios del Renacimiento, que alentaron en su espíritu la curiosidad científica del Vinci y el aleteo sutil de la Quimera que persigue a Ossian y a la turba soñadora de sus bardos.

Fué, como asevera el padre de *Werther*, el amor de la realidad uno de los caracteres esenciales de la obra dureniana. Con efecto, nadie penetró, como el artista alemán (sólo podrían equipararse al respecto los hermanos Van Eyck), en la naturaleza ambiente. En el pedrisco de un recodo del sendero ; en la hierba

(1) De un libro en prensa.

que echa su mata entre los surcos de la ruta ; en la yema que estalla en el árbol fecundo ; en la hormiga zaguera de peregrinaje incesante ; en la abeja que revolotea en torno de los corimbos aljofarados ; en el tierno gorrino que retoza con un hueso mondo o se mete de jeta en la bazofia de su merienda diaria ; en todo, en fin, puso amorosos ojos el pintor de Nuremberg, cual si desease pescudar el secreto de la vida con el humilde lenguaje de las pintadas, agrestes hierbas, o con el elocuente berrido de los cerdos.

Pretende adueñarse del misterio del mundo, ya en la savia, chorreante entre sus dedos, del cortado tallo, ya en el primer destello de la estrella vespertina. El ritmo universal rebasa en ondas de su espíritu profundo y de su vasto entendimiento. El filósofo y el poeta que en él había, pudieron decir con el poeta inglés ante el orden pitagórico del cosmos : « Cuando corto el tallo de una flor se estremece una estrella »...

Durero, panteísta como Spinoza y como Goethe, penetra en la naturaleza con una imaginación avasalladora, y como el *Caballero* de su grabado famoso, huella la tierra fecunda (que si cría víboras, también engendra lirios y raudales murmuradores) impertérrito, arrogante, siquiera le asedien las sombras fatídicas de la *Muerte* y del *Diablo*.

De ahí el carácter imponderable de la obra de Durero : la realidad del mundo que cae a sus ojos y la realidad de sus sueños vista con los ojos del alma. ¿Cuál de esas *miradas* le revelaron el misterio? Ya obtendremos respuesta.

Goethe, como es sabido, halló bajo el cielo de Italia el secreto de su *forma* ; Durero, dos siglos antes, exclama, como aquél, bajo el cielo de Venecia : « ¡ Cuánto frío experimentaré allá abajo, después de tanto sol ! » Sin embargo, en mi sentir, la influencia italiana sobre el pintor no fué tan decisiva como la que actúa sobre el poeta. El realista y el imaginativo continúan siendo lo uno y lo otro sin que su paleta ganara, con los alientos del Adriático, en luz y colorido. Acaso pueda notarse cierta morbilidad en algunas de sus *Madonnas* y en el *Adán y Eva*, compuestos con el ejemplo o el influjo de Bellini y de algún otro. Pero (por fortuna en cierto sentido) esta influencia no prospera, pues la paleta de nuestro artista continúa ostentando, como dejamos

dicho, los habituales tonos, si no sombríos o *mudos de luz* (para emplear la expresión dantesca), al menos sin desleírse en los ocres áureos y en las púrpuras intensas de la escuela veneciana.

No se crea que la imaginación le traiciona y le extraña de la realidad ambiente, pues el pincel conserva (recuérdense sus grabados, v. gr.: *La grande Fortuna* o *Los cuatro Caballeros*), las sutiles hebras de un pincel de *miniador* fervoroso y entusiasmado por la *verdad* que entrevé en los matices de una piedra o en el grácil pezón de una hoja. Con esa realidad, estudiada con deleite y paciencia, qué horizontes inmensos se descorren a su fantasía jamás in exhausta. Mientras sus plantas echan garfios en la tierra, su frente se enciende, como la testa griega del saltante dios de los bosques y vergeles, con un purísimo resplandor forjado en las esferas de la eterna luz...

El reflejo de la luz eterna cubre de melancolía su mirada y pone en sus pinceles una chispa del supremo fuego para iluminar, en la tela, el mundo metafísico que bulle en su cerebro. De ahí las figuras del *Antiguo y Nuevo testamento* que se trasladan con la postura divina de ciertas figuras de Rembrandt (a quien se parece en los momentos de inspiración celeste del mago lumínico de Holanda); de ahí sus cabezas, sus retratos, tan llenos de vida espiritual, de recogimiento, de hondura; de ahí sus alegorías forjadas con el jala impalpable de los sueños; de ahí sus *caprichos*, que si recuerdan en la ejecución a los famosos de Goya, se alejan de éstos por el concepto filosófico (en la acepción vasta de la palabra) que los informa.

Durero, el pintor físico y metafísico, también sintió el roce sutil de lo incognoscible en el tránsito de la terrestre a la celeste ruta. El despertar de su inteligencia poderosa se llamó *Melancolía*.

Dícennos que la tristeza fué engendrada por el cristianismo, durante la edad media, en la matriz gótica. Dícennos que las nieblas del norte enlutaron nuestros sueños y velaron el fulgor del meridiano jónico. Dícennos que los discípulos de San Pedro, generadores de nuestra estirpe, abrieron en el espíritu humano un torrente de lágrimas, que espera para secarse, no el sol de la tierra, sino la lumbre última de los cielos. Sin embargo, hay tristeza, tristeza moderna, profunda, en Safo: la «musa mortal que

cantara con las musas inmortales », según la expresión de uno de los Antipateres ; hay tristeza en Menandro y en Eurípides ; en Virgilio y hasta en el erótico Ovidio ; hay tristeza, honda tristeza en el poeta epicúreo de Roma ; en el poeta que probó en el fondo de las copas, apuradas en horas de placer, el dejo amargo de la desilusión y del hastío.

En Durero impera, no la tristeza del amor como en Safo, ni la del placer como en Lucrecio, sino la tristeza de la ciencia, llamada por él *Melencolia*.

« Por un impulso innato de nuestra naturaleza, deseáramos saber y poseer la verdad de muchas cosas. Pero nuestra inteligencia obtusa no puede alcanzar la perfección del arte, de la verdad ni de la ciencia. » Estas palabras, reveladoras de su sentir, estampó Durero, el amigo del humanista Pirkheimer, en una página de sus memorias.

El *Ángel*, el ángel fuerte, símbolo de la humana inteligencia se ostenta con un brazo acodado sobre la rodilla, en tanto que la diestra mano aprisiona un libro y un compás. En torno suyo se ven cuadrantes, esferas, dodecaedros, retortas, relojes de arena, balanzas, tablas numerales, en fin, todos los instrumentos conocidos para poder penetrar la sombra del enigma. En el fondo de la estancia se divisa un pedazo de mundo : el mar, el sol que se quiebra en rayos irisados, una faja de tierra conquistada por el esfuerzo del hombre, pues ostenta en su lomo fábricas arquitectónicas de diversa traza. A los pies del angel dormita un lebrel (acaso como el lebrel de la *Isla de la muerte* de Maeterlinck), y el silencio penetra dominador hasta el acodado y pensativo huésped.

Hemos contemplado al *Ángel* en actitud pensadora, pero nada hemos dicho del fulgor de sus pupilas penetrantes ; de la arruga que se dibuja en su frente ; de la comisura de los labios ; de los rizos rebeldes que se escapan de una diadema de verde graminea ; de los pliegues del hábito que ciñe su cuerpo, y de las alas cansadas que ostentan sus hombros : matices todos, al parecer nimios, que revelan un mundo al contemplador atento del grabado incomparable.

La mirada del ángel sabio nos dice la tragedia de la razón, la nulidad de la inteligencia, las « tinieblas que implacablemente

nos rodean » (según la expresión del propio Durero); y, sin embargo, también nos dice el huésped melancólico, la omnipotencia del espíritu; la omnipotencia del bien, de la verdad y la belleza en los supremos arquetipos. El ángel de la razón caída, el ángel *kantiano*, intenta en vano penetrar el más allá, pero su esfuerzo no se resuelve en el escepticismo, porque es un ángel fuerte, sino en la fe (triste si se quiere) triunfadora de la esfera tenebrosa.

Un murciélago atraviesa por el horizonte marino (el vuelo fatídico no impresiona al ángel meditabundo), ostentando entre sus alas abiertas una sutil hoja con la gran palabra: *Melancolia*.

¿ Dónde hallaremos en el Renacimiento una obra que revele, como ésta de Durero, la inquietud de la ciencia ante el enigma pavoroso de la vida y de la muerte? Se piensa en las tallas de los imagineros castellanos, pero en ellas alienta la tragedia, el dolor, la sombra, sin que esa tragedia se mitigue con la sonrisa sutil de un ángel melancólico; se piensa en el Buonarroti, y la memoria se avasalla con el estremecimiento de la lucha entre la materia y el espíritu, siquiera se idealice el bíblico caos con la luz de los tres astros del cielo cerúleo y armonioso; se piensa en Leonardo, y, la aspiración del *Ángel* de Durero esta vez halla consonancia en los labios del cristianizado *Bacchus* y de la *Gioconda*: una dulce, una sutil melancolía cubre los rostros prodigiosos, penetra en la carne sonrosada y murmura en las frondas del paisaje aledaño, bajo la caricia de un cielo transparente.

El *Ángel* de Durero, en la primera mañana del Renacimiento, sella en sus labios el grito rebelde — porque es un ángel fuerte, — el grito rebelde exaltado por los hijos del siglo: el inglés Byron y el italiano Leopardi.

El *Ángel* de Durero concentra la mirada en el fondo de su propia conciencia, y busca en ella la armonía espiritual rota o dispersa por el cosmos.

El *Ángel* de Durero confía en esa porción del hombre que Platón llama *divina*, y si no pudo penetrarla en su ciencia, bastóle trazar la gran palabra: símbolo de la civilización que no desespera de su origen, ni se entenebrece con su fin, pero reco-

ge las tintas del crepúsculo para vestir las ilusiones y los sueños; la gran palabra, armoniosa en el ángel dureniano y trágica en el eco que hallaría por los ámbitos vacíos del siglo XIX : la sutil *Melencolia*.

#### LA « GRACIA », DE SANTA TERESA

«... Y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya, en nuestra lengua, escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo : y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo ; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Sancto en ella, en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee(1). »

He recordado, de propósito, el juicio de fray Luis de León al evocar la figura de la doctora avilesa, no en la « gracia » que ella recibió de los cielos en comulgando con el espíritu divino, sino en « la gracia y buena compostura de las palabras », gracia que gotea de continuo por la cláusula encendida de su estilo incomparable.

Quede en otros estudios el espíritu de Santa Teresa, arrebatado en la ardiente nube de los éxtasis y arrobos ; quedé en otros estudios la verdad celeste que ella, doctora y teóloga, leía con las pupilas del alma ante los hombres asombrados ; quede el misterio de su ciencia infusa, de su gran amor, de su seráfica fe, en otras páginas que algún día consagraremos a la hembra ejemplar de Ávila de los Caballeros. Hoy descorremos sólo un velo de la estatua peregrina, en cuyo metal, hecho carne, alióse el oro de los sueños de Don Quijote y el acero, labrado en la brega cotidiana, de los consejos de Sancho. Simulacro simbóli-

(1) Véase esta *Carta del maestro fray Luis de León*, en *Biblioteca de autores españoles etc.*, *Escritos de Santa Teresa*, tomo I, página 19, Madrid, 1861. (Tengo a la vista los tomos 53 y 55 de esta biblioteca con los escritos de la Santa para las citas de estas páginas.)

co de la raza es para mí la humilde carmelita : en su alma bulle el ideal de los batalladores de Flandes, de Italia y de las Indias, y en su cuerpo la energía heroica, el tesón, el sentido de la realidad de esos mismos batalladores. Hoy descorremos sólo un velo de la figura incomparable, tocada por los alientos metafísicos, sin que se resintiese por ello la tierra sustentadora de sus plantas. En este velo se ostentan algunos matices de su genio : la insinuación retozona, el apodo oportuno, la dulce malicia y la sonrisa franca. En este velo, como el inconsútil de los *Evangelios*, se reflejan los matices de su espíritu : equilibrado y sereno, no obstante morar en él la llama inexhausta del Esposo...

Acompañemos un instante a la monja carmelita en sus andanzas por los caminos grises de Castilla.

Ayudada por unas monjas de la Encarnación y un «clérigo muy siervo de Dios», saliera de Ávila con rumbo a Medina del Campo para fundar en este sitio el monasterio de San José. Dícenos la «andariega» que cuando se supo la causa de dicho viaje, «hubo mucha mormuración : unos decían que yo estaba loca : otros esperaban el fin de aquel desatino». Hecha la primera jornada sorprendióles la noche, sin saber a qué atenerse respecto al domicilio santo donde pensaban hospedarse. Ante el disgusto de los compañeros, la «animosa» no cede en sus bríos fundadores, no obstante los buenos consejos que sus monjas pudieron oponerle : «La una de estas dos, era superiora entonces de allí, y defendióle mucho la salida : entramas de buenos deudos, y venían contra su voluntad, porque a todos les parecía disbarate, y despues vi yo que les sobraba razon, que, cuando el Señor es servido yo funde una casa de éstas, paréceme que ninguna cosa admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra, hasta despues de hecho : entonces se me ponen juntas las dificultades, como despues se verá.»

Cansada, magullada por «el mal aparejo que llevábamos», prosigue su ruta hasta llegar a Medina a las doce de la noche de un mes de agosto. La casa, ya apercebida por fray Antonio de Jesús, estaba en ruinas, pues «parece — comenta la Santa — que el Señor había querido se cegase aquel bendito padre, para ver que no convenía poner allí el Santísimo Sacramento».

Pusiéronse a componer lo desquiciado y destartalado, y levantaron un altar con tapices prendidos con clavos que, por fortuna, se hallaron — enmohecidos de seguro — en las paredes húmedas y ruinosas. El altar al fin pergeñóse, oyéndose misa « desde unas resquicias de una puerta ». El contento por el rehecho aparejo duró poco, « porque como se acabó la misa, llegue por un poquito de una ventana a mirar el patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos días ».

Sin hallar reposo ni tregua en Medina, la monja prosigue en sus andanzas, y encuentra un aliado en un humilde fraile, pequeño de estatura : « aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios » (nosotros añadiríamos al juicio de la Santa, que también es grande en los ojos del arte), el cual fraile se apellida Juan de la Cruz (1).

¡Cuántas peripecias, cuántos desazones y disgustos sufrió en su largo y fecundo peregrinaje la humilde carmelita ! ¡ Cuántos soles abrasadores tostaron su faz, y cuántos fríos invernales penetraron hasta la médula de sus huesos ! Contemplámosla ahora en Valladolid con el fin de fundar la casa de los Descalzos carmelitas. Juan de la Cruz habíase adelantado para allegar los recursos pertinentes, y fray Antonio estaba proveído — como él aseguraba — de los objetos más indispensables : « Vino allí a Valladolid a hablarme con gran contento, y dijo-

(1) Santa Teresa, con su gracia característica, llama a Juan de la Cruz *medio frailecillo*, debido a su corta estatura, por lo cual ella tenía un *fraile y medio* en aquél y en Antonio de Jesús generalmente. Hacia la época del encuentro con el glorioso lírico del *Cántico espiritual*, la avilesa escribe a Francisco de Salcedo, en carta fechada en Valladolid a fines de septiembre de 1568, recomendando al santo de la Cruz : « ... Hable vuestra merced a este padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto, él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado Nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfección. »



me lo que tenía allegado, que era harto poco : sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome, que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido : creo aun no tenía en qué dormir. » En esta frase recogemos la risa tembladora, una risa liberal, castellana, de la mística austera de *Camino de perfección*.

Recordemos a aquellas monjas de Villanueva de Jara, cuya apología traza la santa con la fina alusión del latín que masculaban sus labios — no sabían leer — y de la buena voluntad que en ello guiábales, y de la recompensa que recibirían de Dios como almas inocentes que « pocas verdades debían decir ». He aquí en este rasgo de Santa Teresa, la garra del genio que traiciona un instante su espíritu ascético y el anonimato intelectual a que voluntariamente condenóse.

En el peregrinaje a Villanueva detiénese en el monasterio de Nuestra Señora del Socorro, y evoca allí el alma de Catalina de Cardona, y dícenos con su pluma jugosa y realista : « ¡ Qué borracha debía ir esta santa alma, embebida en que ninguno la estorbase gozar de su Esposo, y determinada de no querer más mundo, pues así huía de todos sus contentos ! »

Esta misma pluma nos pinta un cuadro que ostenta « flores olorosas » y se penetra en « soledad sonora » ; contemplemos el monasterio del Socorro con la visión de la visitadora excelsa : « Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa, y como llegamos cerca, salieron los frailes a recibir a su prior con mucho concierto : como iban descalzos, y con sus capas pobres de sayal, hiciéronnos a todos devoción, y a mi me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros santos padres. Parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas, y así creo yo lo son a Dios, porque a mi parecer es allí servido muy a las veras. »

Sigámosla hasta Salamanca, en compañía de una vieja monja, adonde la conduce el deseo de fundar en dicho sitio un monasterio consagrado a San José. A mediodía llegan las religiosas a la ciudad universitaria, y la vivienda para ellas apercebida estaba aún ocupada por estudiantes (esos estudiantes burlones y truhanescos que describe Quevedo en una de sus novelas picarescas), quienes compelidos por un tal Nicolás Gutiérrez des-

ocuparon la casa unas horas antes de tomar posesión de ella las dos monjas fundadoras (1).

Recojamos de los propios labios de la carmelita su impresión de aquella noche en una casa llena de recovecos y rumores, alegre refugio de estudiantes, cuyo espíritu travieso bien podía contrastar a las dos forasteras que, por *fas* o por *nefas*, atentaban contra su domicilio. Recojamos, pues, la « gracia » teresiana en la primera jornada salmantina: « Quedamos la noche de Todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reír. La casa era muy grande y disbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que, como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella: ellos lo pudieron muy bien hacer, según había adonde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa; porque teniéndolo no nos faltaba cama: en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas. Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto a los estudiantes, aunque no hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme a mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar. Yo la dije, ¿qué miraba, pues allí no podía entrar nadie? Díjome: Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola? Aquello, si fuera, me parecía recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como

(1) Según cuentan los críticos de la santa, uno de aquellos estudiantes llegó a obispo y a interceder en la beatificación de la avilesa.

el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro día vinieron más monjas, con que se nos quitaron. »

La cita ha sido larga, pero ello se compensa con la gracia, con la malicia ingenua (si es posible la expresión) que la avilesa pone al relatar las impresiones nocturnas de su posada salmantina.

Nadie ha compuesto prosa castellana con mayor espontaneidad de estilo, con mayor frescura, que la escritora que dialogó con el Eterno. Aun en estos *diálogos* cuánto candor, cuánta sencillez se esconden en las ondas fragantes de su lengua *popular*: « ¡Quién pudiese dar a entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro, y hacer un concierto con su Majestad, que mire yo a mi amado, y mi amado a mí; y mire Él por mis cosas, y yo por las tuyas: no nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen...! »

Frases esas que abundan hasta en los arrobos místicos de la santa, y que salpican de continuo su vasto epistolario, reflejo aún más directo de la palabra apasionada, persuasiva, siquiera sea siempre humilde y evangelizante. Leamos en este fragmento de una carta dirigida a Alonso Ramírez, y fechada en Valladolid a 19 de febrero de 1569, la energía indomable y la sencillez cristiana, el candor y la malicia que forman la corona de la mujer extraordinaria: « Suplico a vuestra merced que en comprar casa no se entienda hasta que yo vaya, porque querría fuese a nuestro propósito, pues vuestra merced, y el que esté en gloria, nos hacen la limosna. »

« En lo de las licencias, la del rey tengo por fácil con el favor del cielo, aunque se pase algún trabajo, que yo tengo experiencia, que el demonio puede sufrir mal estas casas, y ansí siempre nos persigue: más el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza. »

Contemplo la figura femenina más alta de nuestra raza, en

las ruines ventas de Castilla, manteniendo coloquios con mozas y venteros, y sentada a la mesa, junto a la lumbre del hogar, ante el humeante plato de garbanzos o la clásica « olla » ; contemplo la figura excelsa en los caminos cenagosos, durante los crepúsculos invernales, sin lograr avvicinarse al próximo poblado, pues las ruedas del carro quedaron enterradas en los surcos de la ruta, y el patán se esfuerza en traer bestias de repuesto (como ella misma nos advierte), para desasirse con fortuna del lodo pegajoso que les retiene ; contemplo la figura excelsa en los mediodías abrasadores, hollando esta vez la senda calcinada, sin un cuenco de agua para apagar la sed, ni una sombra fugitiva para proteger la cabeza de cabellos ya plateados ; contemplo a la *fémina inquieta y andariaga* soportando las chuscadas de los labriegos, las sutilezas de los regidores, el empaque de los frailes y la indiferencia o la hostilidad de los príncipes de la tierra ; contemplo su figura en la noche tenebrosa, en medio de la desconfianza artera de los hombres ; la contemplo consumida por las enfermedades que van labrando su naturaleza, la cual se redime en la frágil carne de la potencia avasalladora del espíritu inexhausto...

La figura predestinada cruza por el escenario ilimitado de Castilla sin doblegar jamás la cabeza, siquiera se cuaje con nieve de cumbre en las sienes, y sin desesperar ni un día de la cruz que arrastra por el mundo. El fuego interior la penetra y la sostiene, cuyas llamas se acrecientan en la última morada del « castillo » fabuloso, labrado con diamantes recogidos en las simas de la tierra. El fuego envuelve a la mujer predestinada, hasta convertirla en una viviente antorcha, cuyo rescoldo se eterniza en las páginas de las *Relaciones* y de *Camino de perfección*.

Exornemos los postreros renglones consagrados a la « gracia » teresiana, con la frase fervorosa del poeta de *Noche serena* : « Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan. »

## SARMIENTO EN ROMA (1)

Como los romeros medievales penetra a pie en la ciudad santa, con las primeras luces del amanecer, el indómito hijo de los Andes. Durante el viaje le entretuvo la farfulla de un laico, que invocaba a los espíritus y daba fe en los íncubos y en las hechicerías engendradoras de monstruos « deformes y espantables ». Un abate erudito interponía el texto de las Sagradas Escrituras, y un obispo de la India occidental y un misionero de Oceanía, penetraban la plática con su luz y mansedumbre.

Como los romeros medievales el viajero halla tranquilo hogar bajo un techo santo, saturado de prácticas divinas y de olor bíblico. La puerta de su habitación ostenta esta leyenda : « María ha sido concebida sin pecado. » Las prácticas religiosas renuévanse diariamente en diversos sacrificios : ya la consagración secular en las cenas ; ya las letanías semanales, masculladas en coro por la concurrencia de obispos, abates, clérigos y diáconos. El *tigre* sanjuanino trocábase en un cordero ante el ara romana del « Cordero místico ».

Los ojos del viajero guardan la impresión de la campiña asolada por el hombre y asombrada de acueductos y cipreses, que circunda a Roma. Anhela conocer los tesoros que encierra la ciudad de los alcores, y, con el cuerpo magullado (pero el ánima libre) se lanza a conquistar con la mirada el suelo santo y las maravillas que sustenta. Ante sus ojos inquietos se despliega la cercana visión del Capitolio: la escalera pétrea ; el simulacro de Marco Aurelio, el conductor filósofo ; los leones altaneros ; los ríos simbólicos : el Tíber y el Nilo... (envuelto todo en la luz rosa y gris de un amanecer benigno). Y el contemplador sueña con las sombras del pasado, agrupadas en el lugar augusto : la plaza capitolina le « era estrecha en medio de esas evocaciones ».

¡ Cómo « reconoce » los monumentos y las frondas y las fuentes y los matices del camino, en su peregrinaje por los senderos de Roma ! ¡ Cómo reviven ante la realidad las imágenes de una

(1) Véase las impresiones de Sarmiento en Roma, en *Obras de D. F. Sarmiento*, Santiago de Chile, 1886, tomo V, página 234 a 295.

*Guía Romana*, « impresa dos siglos ha », cuyas páginas llenaron de emoción sus años infantiles, bajo la higuera de la casa paterna! Ahora comprende, ante lo real y tangible, el secreto de la ignorada forma, el misterio del matiz y del color, el murmurio de las fuentes y el ritmo ignoto de las cosas.

Goethe, el gran pagano, también percibió por vez primera el escondido ritmo de un hexámetro virgiliano ante las ondas glaucas del lago de Garda, el *Benacus* latino :

*Fluctibus et fremitus resonans Benace marino.*

Primer verso antiguo, el alemán decía, cuyo sentido veo ante mí viviente, porque en él se refleja la luz natural del cielo de Italia y en él murmura el eco vibrante, henchido con olor de plantas orilleras, de las ondas lacustres.

Sarmiento experimentó en Italia, como Goethe, la gracia luminosa de la *forma*, triunfadora perenne de la gris teoría : vagabunda escuálida de los entendimientos.

El viajero contempla el Coliseo que « alza al cielo las crestas de sus aterradoras ruinas, como los Andes sus pináculos de granito » ; y desde una eminencia del Capitolio, que fué saturnio solar, domina el agro romano (cuyo encanto peregrino hasta él no llega), con sus termas y sus rotos acueductos que le sugieren la aguda imagen de las « vértebras de un monstruo de la creación antidiluviana ». Desde aquella eminencia pudo meditar sobre las grandezas y las miserias del pueblo predestinado : heredero de Dios y de los dioses, de Jacob y de Saturno, cuya omnipotencia se cierne todavía en los brazos torturados de una cruz ; en tanto que la gloria terrena hundióse en el mar secular que todo lo traga y lo nivela :

. . . . . or dov'è il grido  
*De nostri avi famosi, e il grande impero*  
*Di quella Roma, l'armi, e il fragorio*  
*Che n'andò per la terra e l'oceano ?*

El viajero mezcla sus voces en las voces jocundas del carnaval, que en tierra cristiana renueva los sacrificios del paganismo saturnio. La mascarada, empero, no le impide engolfarse, absolutamente, ante la cándida belleza del Apolo vaticano, el divino Arquero que hiere de continuo con su armada diestra a



todos los amadores de un ideal de hermosura ; el Moisés miguelanesco le extraña a un mundo sobrehumano, cuyos alientos más de una vez orearon su propio espíritu ; y las esculturas de Bernini, amanerado, y de Canova, académico, y la *Transfiguración* del pintor platónico, también impresionan su temperamento de artista fervoroso e intuitivo.

Las piedras, y la voz de las fuentes, y el cielo de añil, y los recuerdos históricos de la Roma republicana, penetran la retina y el alma del contemplador activo, quien reverencia la tierra del arte con el acento del poeta : « ¡ Oh, Roma, que fuistes y que eres aún la cabeza del mundo, yo te saludo también como Byron ! »

Ante tanta belleza, labrada por los siglos, recuerda el pensador *actual* y militante la barbarie y postración de su tierra americana, que no sospecha la existencia de la hermosura y la « manifestación más elevada de la humana perfectibilidad ». El polemista asoma, y en el rudo apóstrofe, que en él sangra, prorrumpe : « ¡ Pueblos *nuevos* aquellos, repite la vanidad americana, que no obstante encontrarse en esto sorprendida en flagrante delito de barbaridad, no consiente que se la llame bárbara ! ¡ Pueblos decrepitos, diría yo, vástagos podridos de viejo y podrido tronco ! »

El viajero infatigable no se detiene sólo ante los museos y la grandeza acumulada por los siglos : también echa mirada de zahorí en torno de los acontecimientos diarios del ambiente que frecuenta, y mantiene comercio intelectual con el conocido de ayer o el desconocido de hoy. Le vemos ahora penetrar en las estancias pontificias y postrarse ante el Papa-Rey.

Largos minutos duró su entrevista con el Pontífice máximo de la cristiandad católica, y de sus labios beatíficos recogió muchos conceptos sobre los hombres y las cosas de América, pues es sabido que Pío IX visitó, como conde de Mastai, en misión diplomática, las Indias del Sur, especialmente a Chile (1).

El Papa, después de interesarse por la suerte de Rivadavia y del general Pinto, a quienes había conocido, le formula esta pregunta : « ¿ Pero los gobiernos actuales, cómo son ? ¿ Está siem-

(1) Se ha compuesto una peregrina *leyenda áurea* en torno de la gran figura de Pío IX, con el objeto de lograr su canonización ; sin pretender nos-

pre a la cabeza de los negocios aquel partido... (el Papa buscaba una palabra) ultrarrepblicano ? Yo veía venir esta pregunta, añade el sanjuanino, y presumía que por la conciencia de su propio pecadillo no quería apellidarle *liberal*, aunque con el epíteto de ultra, que tanto desmejora la droga. »

Poniendo un paréntesis en sus horas romanas, dilatóse hasta la vecina Nápoles, cuyo Vesubio trepó por jornadas hasta la boca hirviente del cráter. Allí, ante la naturaleza devastadora e incruenta, pudo recoger la voz murmurante de la ráfaga que sacude las *retamas*, henchida en el acento soberano :

. . . . . *Caggiono i regni intanto,*  
*Passan genti e linguaggi : ella nol vede :*  
*E l'uom d'eternità s'arroga il vanto.*

La naturaleza, empero, esa « nodriza despiadada », que engendró selvas y vergeles para cubrirles luego con un pétreo velo, cuán hermosa se ostenta nuevamente bajo el cielo lapolislazi de este rincón de Italia.

El contemplador que se asomó a la boca del cráter y vió en ella las mismas cosas que alcanza a vislumbrar Don Quijote en la cueva de Montesinos..., ahora espacia la mirada sobre las faldas montañosas, cubiertas de viñedos y jardines. El mar, en el anfiteatro maravilloso, ostenta barquillas pescadoras « como adornos de un espejo veneciano » ; la brisa trae el perfume de las frondas sorrentinas, donde se albergó el *cisne*, compuestas de « naranjo, de mirtos y granados » ; con las primeras nieblas vespertinas se insinúa el cabo Miseno, que en etéreas letras ofrece el gran nombre de Plinio..., y en lontananza pueden con-

otros refutarla como « abogados del diablo », ni como ninguna otra suerte de abogados, detengámonos en los capítulos más interesantes que el señor Bonetti, el *legendístico*, ofrece : v. gr., cuando el conde de Mastai sufre una tormenta pavorosa en la boca del río de la Plata, y una *manga* de mosquitos, al chuparle el licor de las venas, casi acaba con su vida; luego la travesía terrestre de Buenos Aires a Santiago, llena de peligros : los tigres carniceros y los *pieles-rojas* no menos carniceros, etc. Por fortuna, el santo varón pudo librarse de tantos peligros defendido por la coraza de su propia santidad : de ahí la *leyenda* milagrosa... (Véase sobre el punto el agudo estudio de Émile Gebhart *Le dernier Pape-roy*, etc., en *Moines et papes*, etc. París, 1897, pág. 277 a 306.)



templarse los nevados abruzos que « dibujan una orla blanca al manto del cielo azul » y se coronan con una chispeante diadema de luces.

La semana santa le sorprende de propósito en Roma, cuyas ceremonias seculares despertaron su amor de niño y su curiosidad de hombre. Pero ante el fausto religioso de la antigua ciudad cesárea, recuerda la ciudad cristiana que le vió nacer, donde el sentimiento sagrado se afianza más hondamente en el fondo de los espíritus. Llegan a su memoria (en escuchando acaso a los cantores de la Sixtina) las voces profundas de su semana santa provinciana, cuando hasta una docena de frailes modulaba en el órgano, en un rincón tenebroso, las terribles lamentaciones de Jeremías. « El viernes santo — el viajero comenta — es tan religioso en los pueblos de América, que cuando niño estaba yo firmemente persuadido que el sol de la tarde se mostraba más apagado que de ordinario en aquel día. »

La última jornada de nuestro Sarmiento en Roma, se contempla a la luz nívea de la luna, en la más alta gradería del Coliseo ciclópeo. Allí convoca a un joven francés, conservador, legitimista, « un pedazo de la Francia feudal que le había caído de las manos, sin degradación y sin descolorirse ». El noble de la Vendée, con los ojos cerrados al progreso contemporáneo, ponía su ideal político y su sentimiento religioso en el siglo de las Cruzadas, cuando se escuchó la palabra de San Bernardo y se edificó las conciencias con el ejemplo de San Luis.

En vano el maestro de la montaña (en los diálogos con el extranjero) le infunde en su verbo fervoroso el sentimiento de las nuevas nacionalidades, fundadas con nuevos ideales de libertad y de progreso; en vano intenta orear su frente con los hábitos vírgenes del pampero patrio; en vano el *pedagogo*, que nació, vivió y murió enseñando, pretende romper la corteza secular que aprisiona los sentimientos y las ideas del paisano de Chateaubriand y Lamennais. Oigamos la voz del maestro: « Nuestros coloquios eran eternos, nuestras disputas interminables. Como carecía de instrucción y no podía coordinar dos ideas, los tiros de la lógica caían sobre aquella alma desguarnecida, y lo confundían. Entonces se enfurecía y me insultaba; dos veces llegó hasta provocarme a un desafío, pero yo tenía la caridad

de un ministro del Evangelio por esta alma perdida, y quería convertirlo ; y con paciencia, con arte, con blandura, excitando su patriotismo adormecido, mostrándome más francés que él, no sé si he logrado depositar en aquella alma, dura como una piedra, alguna semilla fecunda. »

La última noche del diálogo peregrino con el desconocido de ayer, sirvióle, para ratificar sus asertos, el escenario portentoso. En la más alta gradería del Coliseo, con la perspectiva de Roma, « cuyas cúpulas, obeliscos y torres, se veían pardear como fantasmas indecisos a la claridad apacible de la luna », concertó sus postreros argumentos contundentes.

En el escenario del mundo latino, cerca del Capitolio y de los Rostros, bien podía evocar el montañés las glorias republicanas de los Camilos, de los Gracos y Cicerones. Diríase que la derruida tribuna de las arengas, en el vecino Foro, se animaba con un espíritu inmortal, *porque la palabra es Dios*, según la frase santa. Y las sombras de Tulio, *pater urbium*, y de Antonio, en la fatídica noche, llenaban el ambiente : ya resplandeciendo con todo el brillo de la República omnímoda ; ya labrando con las fuerzas del alma la base saturnia del futuro Imperio.

El montañés tiende la vista más allá de los alcores que aprisionan la ciudad predestinada ; posa sus ojos en la campiña, blanca de luna, de los hexámetros ilustres :

*Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,  
Magna virum . . . . .*

(*Geórgicas*, II, 173-174.)

y descubre en el horizonte intangible, nuevos mundos : su tierra americana, florecida en vírgenes retoños con un aura de ideal humanitario...

Y el « maestro » puede decir en la noche postrera de su estancia en Roma : « El hecho es que mi amigo, cuando volvíamos silenciosos a nuestra posada, me hacía preguntas sobre las repúblicas americanas, parecía haber comprendido que era yo algún Mazzini republicano que lo había llevado a la cumbre del alto monumento, para tentarlo, a él, legitimista empedernido. »